



LA REMONTADA DE P&G

No estaba acostumbrado a perder, y hasta la derrota de un colega la sentía como propia. Aquella noche no pude dormir — tenía que hacer algo. Sin planear nada, fui y actué.

Volví al convento de monjas donde estuve interno ocho años de niño, y después de cruzarme con algunas que todavía me recordaban — todas se acordaban de mi apellido, FREGA, y de aquella misma frase que corría de boca en boca: «mirad debajo de la cama, igual está escondido ahí» — yo era el diablo dentro de la Santa Madre Iglesia.

¿Y qué hice? Salí de allí con un pedido de maquinillas de depilación femenina — pero esta vez me inventé un 5% de descuento por pronto pago, y salí con el cheque.

Mandé el pedido a Milán y dije: aplicad la circular de pago del 2%, y el 3% restante descontádmelo de mis propias comisiones. Y así fue exactamente.

Se enteró todo el mundo. Nadie comentó nada. Pero si hubo algo que me dio verdadera satisfacción, fue vengar a mi jefe — un hombre P&G que merecía ser protegido.

Ferdinando